

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

Alemania en invierno

Autor/es:

Torrell, Josep

Citar como:

Torrell, J. (1998). Alemania en invierno. La madriguera. (6):70-70.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41650>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Alemania en invierno

La vida en obras

Wolfgang Becker

Das Leben ist eine Baustelle

Alemania, 1996

El arranque de esta película muestra una batalla entre policías y manifestantes alternada con imágenes de una pareja hundiéndose en un coito particularmente infeliz. Esa secuencia inicial revela ya dos de las características más destacadas de *La vida en obras*: que es en las distancias cortas, en las escenas íntimas, donde la puesta en escena de Becker se muestra más segura y obtiene un registro más convincente; y que esa pintura de intimidades dolientes se inscribe siempre en un contexto social más amplio, sucintamente apuntado por la película.

Aunque los referentes británicos de Becker son bastante explícitos (*Riff Raff*, *Tocando el viento* y *The Full Monty* pero también *Grandes ambiciones*, *Café irlandés* o *La vida es dulce*) su trasplante en clave alemana introduce algunas modificaciones importantes

en el modelo, no sólo por la gravedad del tono sino principalmente por su narración más distanciada: los acontecimientos y situaciones están expuestos siempre de un modo lacónico, desprovisto de énfasis retórico, como si el hilo conductor del relato estuviera en otro lugar, y el director quisiera resolver rápidamente una determinada secuencia para poder mostrar otra cosa. El carácter deliberado de esta planificación de apariencia desmañada, y de la engañosa funcionalidad que se desprende de ella, se revela plenamente en la elipsis prodigiosa, inteligentísima —un final tan antológico como puedan serlo los de *El eclipse*, *El reportero* o *El sabor de las cerezas*— que separa las dos últimas secuencias de la película y deja en suspenso la historia para, pese a ello, afirmar su sentido con deslumbrante sencillez. Un sentido que no cambiaría en nada al conocer el desenlace omitido en la penúltima secuencia, sea el que fuere.

El sintético título condensa admirable-

mente ese sentido: la vida es un tajo, unas obras de construcción a realizar en un plazo determinado. Toda la película se organiza en torno a la constatación de que el sentido de la propia vida se reconstruye a trompicones cada amanecer. Alrededor de esta célula motriz se dispone una corona de circunstancias que anclan el relato en aguas manifiestamente histórico-sociales: la remodelación urbana de Berlín después de la reanexión; la imbricación del problema de la vivienda con las relaciones familiares y el desapego emocional entre padres e hijos; el paro y la inestabilidad laboral de los jóvenes y los no tan jóvenes; el desamor, los encuentros fugaces, la soledad y el SIDA; el miedo y la desazón ante la incertidumbre y la adversidad; el comercio mediático con el dolor ajeno, la industrialización del consuelo; en suma, la fragilidad emocional ante un mundo que se descompone a ojos vista.

Becker sobresaie al introducir en aquella planificación, falsamente desmañada, imágenes poderosas que convocan el duelo y el deseo: el brindis de Buddy «para que no muramos solos»; el músico abandonado que solloza en la soledad de su piso, espionado por Jan; Buddy de nuevo que con la voz ahogada pronuncia un «¡No te entiendo!» que se refiere a la joven griega pero se dirige menos a ella que a una justicia cósmica que no existe —ambos músicos, únicos personajes adultos, acabarán expresando el derrumbe de sus ilusiones y su lacerada intimidad con un llanto sordo—; y, en el extremo opuesto, la belleza onírica del plano de Vera tocando el acordeón en la plataforma trasera del tranvía; o ese «cuéntame tu historia, y yo te contaré la mía» que le sigue (a destacar la revelación de la joven Christiane Paul).

Wolfgang Becker (Hemer, 1954) obtuvo con *La vida en obras* el Premio Pilar Miró al mejor director novel en el último festival de Valladolid.

Josep Torrell

